



II JORNADAS de GÉNERO y DIVERSIDAD SEXUAL "AMPLIACIÓN DE DERECHOS: PROYECCIONES Y NUEVOS DESAFÍOS"

Consejería de Género
y Diversidad Sexual

Facultad de Trabajo Social



Título: Genealogía de la agresión: “la necesidad de pertenecer” y la construcción de la violencia masculina en el ámbito familiar.

Autor: Néstor Artiñano (Área Género y Diversidad Sexual/LECyS/FTS/UNLP, nestorarti@hotmail.com)

Palabras clave: MASCULINIDAD – VIOLENCIA - FAMILIA

Este trabajo, es parte de un capítulo de la tesis presentada en el programa de Doctorado en Trabajo Social, de la Universidad Nacional de La Plata, bajo el título *Masculinidades trágicas. Trayectorias de vida de hombres detenidos que han ejercido violencia y abuso sexual en el ámbito familiar*. Como objeto de análisis se abordó la violencia masculina en el ámbito familiar. Para ello, se trabajó metodológicamente por medio de la reconstrucción de trayectorias de vida de hombres que se hallaban cumpliendo condena por haber ejercido violencia contra integrantes de su familia.

Particularmente aquí, desarrollaremos una reflexión sobre *la necesidad de pertenecer sin medir costos*. Este tema, junto a *el despojo de la niñez y trabajo infantil en contexto neoliberal y las prácticas policiales permeadas en la familia* conforman lo que hemos denominado “lo social como contexto adverso”. Vale aclarar que en el capítulo citado, también se abordan otros ejes tales como “lo familiar como ámbito complejo” y “el modo en que la ‘debilidad’ masculina es convertida en tragedia”.

Desde nuestra perspectiva, entendemos la violencia en el ámbito familiar como un “campo de batalla doméstico” en tanto expresión de una cuestión de carácter social. Desde allí, es posible pensar cómo una situación de agresión en la adultez puede estar signada por múltiples vivencias del pasado, las cuales no se circunscriben necesariamente a haber sido testigo de violencia en el ámbito familiar, sino de haber experimentado varios hechos que

llevan a un sujeto a adquirir una fragilidad que, al atravesar una situación crítica, no pueda no resolverla si no es acudiendo a acciones violentas.¹

La necesidad de pertenecer sin medir costos

Uno de los puntos que apareció muy presente en las entrevistas tiene que ver con las necesidades creadas socialmente en cuanto a portar elementos de consumo (zapatillas, ropa, moto, etc.), que deben ser satisfechas como modo de pertenecer a esa sociedad, o de ser reconocido por un grupo social, más particularmente por el grupo de pares hombres. Aquí, el núcleo del entramado se genera entre esas necesidades y la posibilidad de satisfacerlas, con un solape de consumir drogas y alcohol, y cometer delitos. Creemos que algo de lo que advertía Pasolini (1972) décadas atrás, está muy presente, o ha estado presente en momentos clave de la vida de varios de nuestros entrevistados. Pasolini refiere al consumismo como el nuevo fascismo, en tanto ideología real e inconsciente que unifica a todos, planteando que uno puede tener una posición fascista y otro una posición antifascista, pero que ambos poseen como terreno común, la ideología del consumismo, mientras que alerta sobre el gran mal del hombre en tanto pierde su singularidad bajo el imperio del consumismo, como mal superior aún a la pobreza y a la explotación. La vida de nuestros entrevistados está llena de situaciones angustiosas por las que debieron pasar. La pelea por poseer bienes que lo distingan de aquellos que no lo tienen y les permita el acceso a un grupo que le otorgue reconocimiento, los exponía a situaciones de peligro en la mayoría de los casos.

Terry será uno de quienes nos traerá su experiencia validando la cuestión del consumo, la necesidad de tener ciertos elementos que lo diferencian en forma positiva, pero que no le hacen perder su “sencillez”:

-Terry: “Uh, mirá Terry tiene una moto, se hace el chorro”. Todas esas cosa de pibe, de adolescente. “uh, mirá que queremos andar todos con él”. (...) Lleno de oro, lleno de esas cosas. Y sin embargo soy sencillo. Pero me gustan las cosas lindas. Tengo mi relojito Tressa original, mis zapatillas Nike de 1200 pesos... tengo mis cosas... mi camperón de 600, 700 pesos, mi última camiseta de Chacharita. Usted lo está viendo. ¿Para qué le voy a mentir si lo está viendo? ¿Me entiende? Pero nada...

¹ Dentro de las situaciones mencionadas en las reconstrucciones de las trayectorias de vida, aparecen como marcas, el abandono por parte de la madre o el padre en temprana edad, silencios y tabúes acerca de historias familiares, sentimientos de soledad y vacío, muertes muy tempranas de hermanos y hermanas, entre otras, que sin ser resignificadas positivamente, han construido una subjetividad tensionada por esas situaciones sumamente angustiantes y que, dadas las circunstancias de su vida, nunca han podido ser pensadas con ayuda externa, por ejemplo ayuda profesional de trabajadores sociales o psicólogos, sino que han sido solo reflexiones en soledad, o mientras están en prisión a través de las acciones de los pastores de la iglesia evangélica.

César encuentra en la necesidad de tener buenas zapatillas, las que aparecen como objetos de distinción, el inicio de una serie de actos encadenados, que van llevando su situación cada vez a un punto más complejo y difícil de poder salir, como es el ingreso en el campo delictivo y de las adicciones. César dirá:

-César: Ya después no iban de Flecha, iban de Topper, ¿me entendés?, y yo también quería usar Topper y así empecé a agarrar la calle, agarré la bolsita, a medida que iba creciendo ya iban siendo más grandes las cosas, qué se yo, antes se robaba el kiosco, después cuando veía que la plata del kiosco era poco ya, qué sé yo, un mercado, entendés cuando ya éramos más, ya una fábrica, así y una cosa llevaba a la otra...

Algunos de los entrevistados hacen mención a un consumo desmesurado de drogas y encuentran ahí causas a varios de los males que no supieron evitar. Las prácticas de consumo de drogas, pareciese que están íntimamente vinculadas al mundo del delito, y no necesariamente delitos en el entorno familiar, sino referido a robos, lesiones y homicidios.

-César: Pero después con la droga sufrí una banda, me cebé con la efedrina, como tenía... facturaba, imaginate que facturaba como cuarenta lucas por mes, estaba todo pago, estaba todo pago con la policía, podía laburar tranquilo, eh.... en un tiempo llegamos a un acuerdo con el gerente de (la empresa de servicio de televisión por cable) para poder seguir laburando tranquilo, ¿me entendés? La plata, el chabón se la llevaba limpia.

A su vez, uno de los costos que debió asumir al inicio, fue el rechazo de la madre, quien si bien mediante el enojo reacciona fuertemente, primero por haber robado, y después por haber consumido drogas, parece ser que luego de aquel episodio el consumo de drogas se torna un tema tabú, y hasta encuentra cierto apañío de parte de su madre, quien parece no poder haber encontrado forma de tratar el tema con su hijo, pasando de una reacción violenta al inicio hasta la actitud de cierta complicidad en hacerle comida, cuando él se sentía que estaba “de bajón”. César se remonta a su juventud, diciendo:

-César: Me crié solo, me hice solo, pero mientras estuve con mi vieja y mi viejo ellos siempre me enseñaron lo mejor. Una vez, me acuerdo habíamos llevado un motor de una lancha y yo la escondí atrás en el patio que vivía, mi vieja lo agarró vino con la hermana, la tía, no sé quién de mi mamá y la dejaron en la esquina, lo llevaron y lo tiraron en la esquina, y a mí me echó... “no vas a robar, yo nunca te enseñé nada de robar, robar...” (...) mi vieja sabía que yo llevaba fierros, todo, pero nunca los vio, tampoco yo los mostraba, nada. Después, ella verme drogado, una sola vez, yo era chico. Estaba en la oscuridad, ella venía de la iglesia y me clavó los ojos así y por ahí sí,

“paaaa”... (cachetazo). Y sentía “pinnn”, salgo del mambo viste... y la veo a mi mamá, y cuando la veo a mi mamá salí a correr, a las chapas... esa fue la única vez que mi vieja me vio drogado, después sabía que me drogaba todo, por ahí... cuando era grande, por ahí me veía re loco y me decía “Mmm, ¿qué querés comer?” me decía... sabía que yo estaba de bajón...

Situaciones complejizadas por el uso de drogas también aparecen en el relato de *Terry*. Se deja entrever que con ser empleado legal de una fábrica no le alcanzaba para poder acceder a un estilo de vida que él caracteriza como “el típico pibe de barrio”. El entrecruzamiento de demandas que simbólicamente han interpelado a los “pibes de barrio” para llegar a exponer su vida o su libertad, con tal de exhibir sus logros, en un contexto donde el hombre sigue siendo tal, si revalida sus credenciales ante sus pares, con atributos de logros, triunfo, portador de elementos materiales y “una novia rubia en la moto”. El entrecruzamiento hasta cuestiones de índole étnico, aparece aquí como un racismo solapado donde si la chica rubia es portadora de belleza o virtudes, quien no es rubia, será todo lo contrario, cargando con atributos negativos.

-Terry: A los 14, 15 años empiezo con la droga. Que empiezo con un cuchillo, después con un revolver, después con una pistola, cuando quería acordar tenía un arsenal, no es por nada. Y para la guita, que vamos a robar, que tenemos bronca con aquellos. Como para sintetizarlo un poco, ¿no? Porque si me pongo hablar desde que nací hasta que tengo 26 años lo voy a tener acá... es como sintetizar e ir contando un poco cada etapa de vida. Pero... trabajaba también legalmente en la calle, empleado en una fábrica de pintura. No porque yo ya agarré la droga de muy joven... ya sinceramente, después andaba enferrado, el típico pibe de barrio que le gustaba vestirse bien, le gustaba andar con la chica rubia en moto, sinceramente ¿para qué le voy a mentir si no gano nada? Que vamos al boliche, que tomamos los mejores vinos y bueno, eso también me llevó a estar acá ¿no? A tener la plata fácil. Aunque trabajaba legalmente, en la fábrica pero también me gustaba el plus. Las horas extras digamos. Y estaba con las 2 cosas y me manejaba. Caí preso y zafé. Después caí preso y bueno, después no zafé más.

En la situación de Sergio podemos notar que viene de una unidad carcelaria donde hizo tratamiento para dejar las adicciones; si bien él solo menciona al tabaco, de la lectura del legajo se desprende que no es sólo el consumo del tabaco por lo que estuvo internado y en tratamiento. Sergio, como ya hemos visto, ha incorporado un discurso religioso, del cual no sólo se sostiene en la actualidad, sino que también se proyecta a partir de él.

-Sergio: Gracias a Dios estoy en un pabellón donde más o menos la gente trabaja, busca a Dios, sabe vivir, quiere cumplir su condena, tienen culpabilidad de las cosas que

hicieron antes de venir, supuestamente tengo entendido que quieren salir a hacer las cosas bien, pero eso lo saben ellos mismos, como yo, yo se lo aseguro que si salgo me voy a romper el lomo a dos manos, porque últimamente estaba haciendo las cosas bien, estaba trabajando así en negro, no tocaba nada... después de la causa esa que se me había dado la libertad en el robo simple, por violación de domicilio... me mandé una propiedad que no era mía, a sacar algo de ahí... hice cosas que no tenía que hacer. (Me agarraron) y encima eran unos, de una brigada me parece... me detuvo, me dio, y bueno, estuve diecisiete días, atormentado también, privado de mi libertad, pero una jueza me da la libertad, con que yo le dé el domicilio y el domicilio de mi trabajo, le tenía que pasar el domicilio de mi casa y el domicilio de mi trabajo. Y así, salí, quise hacer mi vida, quise trabajar, me metí con una mina que no me tenía que meter, o capaz que yo tuve una mala relación y yo fui el descuidado y no la supe entender pero... A todo esto hoy yo estoy acá...

Por último, también aparece el delito en el relato de Orlando, pero en este caso, no aparece vinculado al consumo de drogas. De todos modos, hay algún elemento común con los relatos anteriores, al minimizar una situación, justificándola como “cosa de pendejo”. En este caso, el robo aparece como actividad propia de un grupo de determinada edad, por lo que podríamos pensar, entonces, que tener esa edad exige cometer esas actividades delictivas, en tanto lo legitiman como grupo.

-Orlando: Nunca molesté a nadie, digamos, siempre fui respetuoso. Nunca robé, siempre trabajé. Sí, no, miento, me mandé una carrerita en el 2006, el Volkswagen, robé un coche, cosa de pendejo, después dije: nunca más.

Otra cuestión que se notó fue la tendencia a evitar decir directamente que robaban; en cambio usaban subterfugios tales como “había llevado a casa...”, “horas extras”, “un negocio”, “una carrerita”, entre otros, lo que pareciera indicar cierta imposibilidad de reconocerse como ejecutores de esos delitos, al menos, delante de quien los estaba entrevistando. Las horas extras o plus, a las que refiere *Terry*, como necesidad rigurosa a ser cumplida, no puede no ser entendida si no es en medio de una sociedad, que así lo demanda. Robar se torna quizá en una forma de demostrar valentía, valor, asumir riesgo, “cualidades” consideradas propias de un varón, y totalmente ajenas a lo femenino.

Sobre estos valores constructores de masculinidad, Jimeno (2004: 227) cita a Badinter (s/d), planteando que la identidad masculina se torna una cuestión dificultosa, en comparación con la identidad femenina, pues aquella “debe ser reiterada, demostrada, constatada a lo largo de toda la vida”, teniendo el objetivo cotidiano de convencer a otros que no es mujer ni

homosexual. Este proceso de demostración de virilidad permanente requiere de un esfuerzo y un sufrimiento mayúsculo para poder superarlo, impactando en los hombres, a través de una vulnerabilidad psíquica. En este sentido Jimeno (2004: 227) también retoma a Bourdieu (2000) al considerar que la identidad masculina se torna una carga, en tanto genera tensión y contención permanentes, y en tanto debe ser revalidada por otros hombres, lo que implica estar esforzándose para lograr la imagen de verdadero hombre y la distinción en el lugar público, donde suele incluir mostrarse apto para el combate y la violencia. Todo esto que se moviliza aquí, tiene un temor rector que es el de perder la estimación del grupo.

Los códigos de pertenencia a ese grupo estarán predeterminados socialmente, en forma tal que el acceso implica aceptarlos, o renunciar al grupo. Vásquez del Águila (2013: 829), como ya hemos dicho, es uno de los autores que utiliza el concepto de masculinidad hegemónica, refiriendo en tanto “poder simbólico de ser el modelo socialmente valorado” a través del cual todos los varones jóvenes y adultos medirán su masculinidad, a la vez que al no ser estática implica tensiones y negociaciones con otros varones, con las mujeres y con ellos mismos, donde la experiencia personal irá dando improntas singulares en esas relaciones.

El grupo de pares será el encargado de legitimar que un hombre es tal. Se torna un grupo que acrecienta el valor entre ellos, para estar a la defensiva de las “ofensas” o avances legítimos que puedan tener las mujeres. Este grupo de pares funciona como el fundante del proceso de cosificación y/o de sumisión de la mujer o de lo femenino, dado que recordemos que la misma lógica será tenida en cuenta para entender a los varones que se los considera contaminados por lo femenino, ya sea a través de su sexualidad, como de sus cuerpos, en el caso de aquellos sujetos que transforman o adornan sus cuerpos con atributos considerados femeninos. A modo de ejemplo, respecto a la sumisión de lo femenino, refiriéndose a su esposa, recordemos cuando César consideraba: “la que era mi mujer que no me servía ni para atrás ni para adelante...”. Entendemos que cuanto más cerrado a un grupo de pares se esté, mayor va a ser el nivel de exposición en tanto poder demostrar sus credenciales actualizadas de masculinidad, a través del coraje, la valentía, la virilidad, la fuerza, el dominio. La pertenencia a grupos heterogéneos y no netamente masculinos, es posible que actúe como un democratizador de las relaciones, en la medida que se bajarían los niveles de exigencias netamente masculinos, compensados con otras identidades de género, y del mismo modo, si existe en ese grupo una variabilidad de edades, hará lo propio, dado que la demostración de masculinidad, pareciese tener mayor vigencia en los jóvenes, quienes son los que mayor

cantidad de rituales probatorios deben padecer para poder ser integrados a la adultez masculina.

Para Vásquez del Águila (2013: 823) el primer grupo de pares se conforma entre los amigos de similares edades, y es el inicio de relaciones más democráticas entre ellos, dado que el grupo anterior de pertenencia estaba constituido por la familia con las consiguientes relaciones jerárquicas establecidas. Este primer grupo de pares cumplirá el objetivo de introducir a sus integrantes, a la calle y al espacio público, en tanto ámbitos masculinos por excelencia. El autor considerará que es allí donde aparecen los límites y fronteras de la identidad masculina, y donde los rituales de masculinidad y sexualidad, serán quienes configuren ese orden a través del pasaje de adolescentes y jóvenes por pruebas, que garantizan por último la pertenencia al grupo.

Los grupos de pares, o grupos de pertenencia, son por ende los que indican la legitimidad de lo que se puede ser o de lo que no se puede ser. La lealtad de pertenecer al grupo o de traicionar al grupo, lleva consigo el costo de sufrir al tener que salir de ese grupo (marginación, discriminación, agresión). Algunos de esos rituales, para Vásquez del Águila (2013: 823) serán, por ejemplo, la “borrachera”, o sobresalir en algún deporte que demuestre fortaleza física. Este autor dirá que son esos gestos rituales, los que marcarán la frontera de los “normales” y los “fronterizos” donde los modelos de masculinidad y sexualidad funcionarán como una pedagogía basada en anécdotas, bromas o historias que configuran el “verdadero hombre”, siendo aquel que soporta esa presión del grupo, de lo contrario se lo cargará con la desvalorización y el desconocimiento, en tanto se acerca a lo aninado, a la mujer o al maricón. El logro pedagógico será, entonces, obtener la valorización jerárquica heterosexual y adulta, y menospreciar como disvalor lo femenino, lo no heterosexual y la niñez. Pensemos aquí, si estas desvalorizaciones no encuentran su correlato en los entrevistados, donde quienes son agredida/os son mujeres y niña/os, mientras que si bien no aparecen en nuestros entrevistados, se puede leer en los periódicos, el nivel de agresividad que sufren los varones que se apartan del mandato heterosexual, más aún quienes no se reconocen en un cuerpo masculino y deciden renunciar a él, como lo son las personas trans.

Los rituales pueden aparecer, entonces, promoviendo ciertas relaciones de violencia, aunque suelen invisibilizarse como tal, en tanto estrategia de no cuestionamiento, y por ende, garantizando la permanencia de esas prácticas, y la cohesión del grupo. Al respecto Vásquez del Águila (2013: 824) cita algunos estudios sobre violencia y masculinidad (Kahn, 2009; Messerschmidt, 2000; Sabo, 2005) donde se puede observar la recurrencia de diferentes

manifestaciones de violencia como bromas pesadas, peleas, abuso físico o sexual, y *bullying* (acoso escolar), insertas en todos los sectores sociales. Parte de estos padecimientos en el tránsito de volverse hombres, se ejemplifica cuando se le exige a quien manifiesta que fue agredido, que devuelva la agresión, para no pasar a ser un débil o cobarde, sin importar el costo que ello pueda significar para esa persona. Para la confirmación de la heterosexualidad requerida, la mayor importancia para el grupo, descansa en el rito de iniciación o debut sexual (Vásquez del Águila, 2013: 827), lo que certifica una identidad de género e identidad sexual, necesarios para reforzar la masculinidad. Otro gran valor que el autor encuentra es la adquisición de valores morales y fortaleza emocional, en tanto significan valentía, seguridad, decisión, y eliminación de cualquier rasgo de debilidad.

El ejercicio de estas prácticas conlleva un elemento importante que es el *alardeo*, que nos servirá también como noción para entender varios pasajes de las entrevistas. El alardeo significará la exhibición, la ostentación de ciertos atributos ante los pares varones, que marcarán una diferencia de superioridad ante la ausencia de los mismos atributos por todos deseados, pero no por ellos poseídos. Este alardeo se puede manifestar desde la posesión de bienes materiales, prácticas realizadas y hábitos, hasta cuestiones vinculadas a la sexualidad. En cuanto a lo sexual, que quizá sea el campo de mayor aparición, Vásquez del Águila (2013: 829) dirá que será necesario para adecuarse a la heterosexualidad normativa como parte constitutiva de la masculinidad, y donde al alardeo sexual se suman gestos de violencia y de homofobia, siendo esta última necesaria para tomar distancia de lo no deseado, como lo hemos dicho ya, que es ser mujer o ser “maricón”. Este autor (2013: 828), encontrará que contrapuesto a la masculinidad hegemónica, aparecerán las *masculinidades fallidas*, en tanto no lograron alcanzar las pruebas exigidas socialmente.

En relación a lo anterior, Fernández Martorell (2012: 267) sostiene que en nuestras sociedades los hombres han sido quienes diseñaron las normas ancestrales que aún rigen, y son quienes se responsabilizan de que esas leyes se cumplan y que las mujeres las reproduzcan, y cualquier corrimiento de esos requerimientos por parte de las mujeres, generarán en el hombre en tanto “representante de la ley social” un sentimiento de impotencia y frustración, que habilitará al ejercicio de violencia contra sus parejas.

Hemos intentado demostrar la forma en que los grupos de pares son un puente óptimo para socializar a los varones en un contexto de demostración de diferencias, de competencia en la demostración de la masculinidad exigida por los mandatos sociales, y las tensiones propias que surgen en la posibilidad o imposibilidad de cumplir con esos mandatos. En

síntesis, el surgimiento de necesidades y su pretendida satisfacción con el fin de poder demostrar los logros alcanzados como una virtud propia, y así ser reconocidos por los demás, y por ende, cada uno ser reconocido por sí mismo.

Bibliografía:

Fernández Martorell, Mercedes (2012). *Ideas que matan*. Barcelona. Afabia.

Jimeno, Myriam (2004). *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones*. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia.

Passolini, Piere Paolo (1972). “El vacío del poder”. En: http://www.pasolini.net/saggistica_scrittori-argentini-su-ppp.htm

Vásquez del Águila, E. (2013). “Hacerse hombre: algunas reflexiones desde las masculinidades”. En: Revista *Política y Sociedad*. Vol.50 Núm. 3, Universidad Complutense de Madrid.